

Jeremías 46

Las aseveraciones del Señor acerca de la caída de Egipto

Dayton Keese

Jeremías era profeta a las naciones porque este era el plan de Dios (1.5, 10; 46.1). Todos los libros proféticos del Antiguo Testamento (excepto Oseas) contienen alguna porción o aseveración acerca de una de las naciones vecinas de Israel. En varios libros proféticos puede encontrarse una colección de mensajes para diferentes naciones (vea Isaías 13—23; 34; Ezequiel 25—32; 38; 39; Amós 1; 2; Jonás 1—4; Jeremías 46—51). Dios siempre estuvo interesado en las naciones, aunque hubiera hecho pactos especiales con Abraham e Israel (como el linaje por el cual vendría el Mesías).¹ El gran plan de Dios por medio de la simiente de Abraham se centraba en Israel y Judá; sin embargo, a estos pueblos les afectaba en gran manera el levantamiento y la caída de las naciones vecinas. Por lo tanto, cuando los profetas recalcan la soberanía universal de Dios, se hacía necesario dar a conocer Sus planes relacionados con el destino de las naciones.

Estas porciones por lo general carecen de una ley o código concreto que regulara la conducta de esas naciones, pero sí contienen principios de funcionamiento definidos por «Jehová de los ejércitos» (note Romanos 1.16—2.16). Estos principios se ponen de manifiesto en esta singular porción de las profecías de Jeremías a las naciones, del capítulo 46 al 51.

Jeremías 46.2 fija cronológicamente el escenario para el comienzo de estas declaraciones proféticas acerca de Egipto. Era el año cuarto del reinado de

Joacim, rey de Judá. Había malos sentimientos entre Egipto y Babilonia desde hacía algún tiempo. Las dos tenían aspiraciones de conquista y de poder supremo. Judá se encontraba en medio de ellas, y recientemente había participado en sus batallas (vea 2º Crónicas 35.20—27). Joacim fue nombrado por Faraón Neco, el monarca egipcio (2º Crónicas 36.1—4). De allí las osadas aseveraciones que Jeremías hiciera aquí en el año cuarto de Joacim, en relación con conflictos y asuntos que producían gran inquietud al pueblo de Judá. Tanto Judá como Egipto tenían necesidad de darse cuenta de que todo esto era parte de la venganza de Dios contra ellos (vea vers.º 10). Estos eventos del 605 a. C. (vers.ºs 1—12) fueron después aplicados por Jeremías a la segunda fase de la caída de Egipto, cuando Nabucodonosor avanzara hacia Egipto para llevar a cabo su conquista más importante de este país (vers.ºs 13—26).² Esta parte de la profecía también tenía que ver con Judá, pues el pequeño remanente había huido a Egipto después de la caída de Judá (43.1—7).

Ya hicimos notar en lecciones anteriores que Dios había anunciado al remanente que estaba en Egipto que el Faraón Hofra sería sometido por Nabucodonosor. Por lo tanto, el capítulo 46 se divide en dos partes, que abarcan dos períodos de tiempo. La conquista anterior de Egipto en Carquemis (vers.º 2) había sido abarcada proféticamente por Jeremías en el año cuarto de

¹ Génesis 12.1—3; 17.4—9; 22.17—18; 26.1—4; 28.13—14; Éxodo 19.1—8; Deuteronomio 18.15—19; Mateo 1.1—17; Hechos 3.18—26; Gálatas 3.6—29.

² Esta última conquista (que abarca Jeremías en 46.13—26) se relaciona con el 568 a. C., según Theo. Laetsch (*Jeremiah, Bible Commentary [Jeremías, Comentario bíblico]* [St. Louis: Concordia Publishing House, 1965], 325).

Asuntos relevantes. Tema: La primera de las profecías de Jeremías a las naciones. **Ambiente:** En el año cuarto del reinado de Joacim. **Gema de verdad:** 46.5: «miedo de todas partes, dice Jehová».

Joacim (vers.^{os} 1–12). La segunda parte del capítulo (vers.^{os} 13–26) se relaciona con la conquista final, y guarda mayor paralelo con el material que se encuentra en 43.7–13 y 44.29–30. Esa información debía haber convencido al pueblo de que Jeremías era un verdadero profeta de Dios, y de que Dios usaría a Nabucodonosor para terminar su venganza sobre Egipto. (Vea la profecía contra las naciones en 27.1–8.) A modo de vista previa, este capítulo sirve como advertencia tanto para Egipto como para el remanente de Judá que viajó a Egipto. El capítulo completo contiene tres partes: 1) Caída de Egipto bajo Nabucodonosor en Carquemis (605 a. C.; vers.^{os} 2–12); 2) caída final de Egipto cuando Nabucodonosor invadió a Egipto (568 a. C.; vers.^{os} 13–26); y 3) aliento de Dios para Su pueblo dispersado (vers.^{os} 27–28).

CAÍDA DE EGIPTO EN CARQUEMIS (46.2–12)

Los reyes de Egipto que eran contemporáneos de Jeremías —Psammetico II, Faraón Neco, y Faraón Hofra— pertenecían a la vigésimo sexta dinastía. Cuando la miseria en el propio territorio de Asiria obligó a esta a aflojar su control sobre dependencias distantes, Egipto todavía conservaba algo de su antigua flexibilidad vigorosa. Al sentirse liberada del yugo que le significaba la pesada mano de Senaquerib, reanudó sus antiguas formas de vida y de gobierno. Recuperó su unidad e independencia, y se presentó nuevamente como una rival a la altura de Caldea por la supremacía del oeste asiático.³

Este era el escenario: «el ejército de Faraón Neco rey de Egipto [...] estaba cerca del río Éufrates en Carquemis» (vers.^o 2). Con un aire de seguridad, las fuerzas de Faraón Neco se prepararon para entrar en batalla. Jeremías, con un matiz de sátira, describió el momento de entusiasmo cuando se ciñeron el equipo, y le dieron brillo a este, en preparación para el conflicto (vers.^{os} 3–4).

El escenario cambia repentinamente en los versículos 5 y 6. Las palabras del profeta insinúan asombro por el hecho de que un ejército tan bien preparado, pertrechado y disciplinado, pudiera ser derrotado. Jeremías usó una figura retórica favorita: «miedo de todas partes» (vers.^o 5; 6.25; 20.3; 49.29). No debemos dudar de ese escenario inesperado, porque la fuente es fidedigna. El que

³ W. H. Bennett, *The Book of Jeremiah: Chapters 21–52* (*El libro de Jeremías: capítulos 21 al 52*), *The Expositor's Bible*, ed. W. Robertson Nicoll [New York: A. C. Armstrong and Son, 1902], 220.

describe estos sucesos es *el Señor*. Egipto estaba hundiéndose bajo la derrota, cayendo y tropezando junto al Éufrates en Babilonia.

Los versículos 7 al 9 parecen hacer un repaso de la rugiente fuerza, como la fuerza del poderoso Nilo, cuando los caballos y los carros se lanzaron con locura a la conquista.

Cus, Put y Lud (etíopes, libios y lidios en la KJV), se refieren a los países de las tropas mercenarias de Faraón. A partir de la época del Faraón Psammetico (663–610), estos mercenarios africanos formaron la mayor parte del ejército egipcio. ¿Quién podría resistir ejército tan vasto y tan bien armado? No es de extrañar que Faraón se jactara.⁴

Otro marcado contraste se da a conocer a partir del versículo 10. Toda la pompa y el poder de las fuerzas egipcias se convirtieron repentinamente en un escenario de «sacrificio [...] para Jehová de los ejércitos». El poderoso ejército egipcio se enfrentó al día de retribución de Dios y la sangrienta batalla convirtió a las tropas egipcias en un sacrificio junto al río Éufrates.

A Egipto se le refiere como los «enemigos» de Dios en el versículo 10, pero no es porque mantuvo cautivo al pueblo de Dios en los tiempos de Moisés. Ya Dios había resuelto ese asunto con las diez desastrosas plagas y con una poderosa liberación en el Mar Rojo (Éxodo 7–12; 14). No obstante, en años más recientes, Egipto había sido una fuente constante de irritación para Dios y para Su pueblo. Por ejemplo, Faraón había sido favorable para con Hadad edomita, un enemigo del rey Salomón (1^o Reyes 11.14–22). Sisac rey de Egipto había peleado contra el pueblo de Dios (1^o Reyes 14.25–27); los monarcas egipcios habían tratado de *tomar el lugar de Dios* como protector de Judá (2^o Reyes 18.19–24). El Faraón Neco había matado al buen rey Josías, y desterrado a Joacaz hijo de Josías a Egipto (2^o Reyes 23.29–34). Había incluso dado demostración de esperanza a Sedequías y a los pocos que quedaban en Judá —todo lo cual constituía un desafío a las profecías de Jeremías acerca de la conquista que llevaría a cabo

⁴ James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations* (*Jeremías y Lamentaciones*), Bible Study Textbook Series (Joplin, Mo.: College Press, 1972), 702–3.

⁵ Theo. Laetsch sugirió que el «Porque» con que comienza el versículo 10 sería mejor reconocido en el sentido de *pero* o de *sin embargo*, que introduce un marcado contraste. El soberano del mundo lo es el Señor, no Egipto, ni Babilonia (Laetsch, 327). (N. del T.: El versículo 10 de la Reina-Valera comienza con un *mas* que equivale al *pero* sugerido por este autor.)

Nabucodonosor (27.1–11; 37.3–11; 43.1–7). Egipto había sido constantemente una fuente de conflicto entre Dios y Su pueblo. No es de extrañar, por lo tanto, que Dios se refiriera a estos gobernantes como Sus enemigos.

Debido a los constantes conflictos, no había curación para Egipto (vers.º 11). El bálsamo de Galaad no solucionaba los problemas de Judá, y no había duda de que tampoco proporcionaría sanidad a Egipto. No tenían cura; lo único que les quedaba era un angustiante clamor de aflicción. Las naciones habían visto la «afrenta»⁶ y el tropiezo de Egipto, que sin duda no proporcionaba consolación alguna para ellas.

Este mensaje, dado en el año cuarto de Joacim, ciertamente habría advertido a los que quedaban en Judá (después de su caída) en el sentido de que Egipto no era lugar en el cual buscar seguridad. He aquí otra dramática prueba de que estos pocos refugiados no estaban prestando oído a Dios ni al profeta de Este.

CAÍDA FINAL DE EGIPTO (46.13–26)

En el versículo 13, los babilonios ya no se encontraban más cerca del Éufrates en Carquemis; Nabucodonosor venía ahora «para asolar la tierra de Egipto». El año que se mencionó anteriormente para esta invasión fue el 568 a. C., unos treinta y siete años después de la batalla de Carquemis. Cerca del 585 a. C., el remanente de Judá se había ido a Egipto, buscando estar a salvo de Babilonia (43.1–7). Si el remanente creyó durante esos diecisiete años que estarían seguros, entonces hicieron caso omiso de las claras profecías de Jeremías en las cuales les advirtió de lo contrario (43.8–13; 44.26–27, 30).

La profecía de Jeremías en 46.13–26 abarca el tiempo después de la batalla de Carquemis, cuando las maltratadas y acosadas fuerzas de Egipto volvieron a casa. Hay dos verdades importantes aquí:

1. Tropezaron y huyeron «porque Jehová [los] empujó»⁷ (vers.º 15; 22.19). Verdaderamente, lo

⁶ Del hebreo *qalon* —«... desprecio [...] obra vergonzosa» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius]* [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 732); «... deshonra [...] dícese de ignominia nacional, Os. 4.7, 18 [...] desgracia [...] Is. 22.18» (Francis Brown, S. R. Driver y Charles A. Briggs, *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament [Léxico hebreo e inglés del Antiguo Testamento]* [London: Oxford, Clarendon Press, 1972], 885–86).

⁷ Del hebreo *hadaph* —«... empujar [...] derribar, postrar [...] Jer. 46.15 [...] repeler, apartar con fuerza [...] expulsar [...] Dt. 6.19; 9.4» (Tregelles, 217).

débil de Dios derriba las poderosas fuerzas de los hombres, y los que se consideran *sabios* en su propia opinión, demuestran ser lo *contrario* delante de los juicios de Dios (vea Levítico 26.7–8; Deuteronomio 32.28–31; 1º Samuel 17.26–52; 1ª Corintios 1.26–29).

2. Cuando las fuerzas de Egipto volvieron derrotadas, esto fue lo que clamaron: «Faraón rey de Egipto no es más que un gran ruido»⁸ (vers.º 17; NASB; Isaías 30.7). Esta aseveración se hizo en son de burla, un paralelo al dicho que dice: «¡Muchas nubes, grandes truenos y nada de lluvia!». Cuando una nación pierde la confianza en su(s) dirigente(s), el corazón de ella se ha desmoronado. (Vea Proverbios 29.18; KJV). La expresión «dejó pasar el tiempo señalado» (vers.º 17) refleja una convicción en el sentido de que Faraón se había quedado demasiado tiempo en Babilonia. ¡Con la moral destruida y los cuerpos cansados, las fuerzas de Egipto declararon que *Faraón debía irse a casa!*

A ese doloroso pasado se le unió un presente profético dado por «el Rey, cuyo nombre es Jehová de los ejércitos» (vers.º 18). Al igual que un paisaje montañoso que descolla sobre un valle de vanidad, la gran fuerza y el poderío de Nabucodonosor harían realidad el exilio por un lado, y la destrucción por el otro. Los que moraban en Egipto estaban destinados para el exilio (vers.º 19). Menfis sería incendiada y quedaría deshabitada. Descrita como «becerra hermosa», la Egipto bella, de buen aspecto y bien alimentada, con todas sus riquezas y lujos, estaba destinada para la destrucción (vers.º 20) llevada a cabo por un «tábano»⁹ del norte (NASB). Los mercenarios de Egipto, al ver la destrucción que venía, se volvieron sobre la nación y se llenaron con lo que pudieron tomar.¹⁰

A Egipto no le quedó defensa. Los ejércitos se movieron en masa, siendo el único ruido que hacían como el silbido de una serpiente que se deslizaba.

⁸ Del hebreo *sha'on* —«... estrépito, alboroto [...] rugido de aguas (olas) [...] dícese del ruido de un ejército invasor [...] en forma de burla [...] de Faraón (Necao), Jer. 46.17 [...] alboroto de jueguistas, Is. 5.14» (Brown, Driver y Briggs, 981).

⁹ Del hebreo *qerets* —«... dícese de un insecto que mordisquea y pica [...] insecto que muerde [...] Jer. 46.20, tábano que viene del norte [...] estimulador» (Ibid., 903). La raíz conlleva la idea de arrancar al mordisquear, roer, morder, romper o despedazar, dejar partido, dejar abierto.

¹⁰ «Herodoto afirma que mercenarios de Asia Menor, charros y jónicos, a quienes había contratado Hofra por una cantidad de treinta mil hombres, fueron establecidos “en medio” de Egipto, en las fértiles tierras por encima de Bubastis, en la región del Delta (Herodoto 2, 152, 163). Estos mercenarios, al haber obtenido lo que pudieron sacar de Egipto y al leer el manuscrito en la pared, huyeron apresuradamente a su tierra natal» (Laetsch, 328–29).

Al igual que hizo su rey anteriormente, hicieron «gran ruido» en lugar de un ataque; silbaron pero no causaron daño (vers.^{os} 17, 22). Los babilonios, al igual que cortadores de leña, despojaron la tierra de propiedades y de todo lo valioso. Al igual que langostas sin número, arrancaron todo lo bueno y dejaron el resto en ruinas (vers.^o 23). Todas las figuras que usa Dios aquí, describen devastación y destrucción. Egipto quedó indefensa y dañada (vers.^o 24).

Si algo había más espantoso que la cruel fuerza que venía del norte, ello era el mensaje en el sentido de que la caída de Egipto se debía a que «Jehová de los ejércitos» había querido su destrucción. El ataque de Dios fue contra sus dioses (incluyendo a Amón dios de Tebas¹¹), y contra su gobierno (Faraón y los reyes), y contra los gobernados («los que en él confían»). Esto incluía todas los campos de influencia y de personal en la tierra.

El «después» del versículo 26 guarda paralelo con frases como «los días postreros» (vea 48.47; 49.6, 39), cuando Dios sacaría del cautiverio a estos diferentes pueblos. Algunos relacionan los «días postreros» con la era mesiánica, pues los términos que se usan para este propósito son parecidos (Hechos 2.17; Hebreos 1.1–2; 1^{era} Pedro 1.18–20; 1^{era} Juan 2.18).

ALIENTO DE DIOS PARA SU PUEBLO DISPERSADO (46.27–28)

Los comentarios relacionados con el juicio de Dios contra Egipto, constituían más que un interés nacional. El remanente de Judá (incluyendo a Jeremías) había llegado a residir allí. Ese remanente era todavía de gran interés para Dios (y para Jeremías). Por lo tanto, al final del capítulo, Dios

¹¹ «“Amón dios de Tebas”, el dios sol, fue por siglos el dios más importante del panteón egipcio, dios al cual los griegos identificaban con Zeus. (Herodoto 2, 32)» (Laetsch, 329); «La historia de Tebas a partir del tiempo de Jeremías hasta el siglo tercero de la era cristiana, es una sucesión de ataques perpetrados por extranjeros, y de insurrecciones llevadas a cabo por habitantes locales. Primero vino Nabucodonosor (568–567 a. C.) quien sin duda debió de haber conquistado a Tebas aunque la evidencia no alcanza a ser prueba concluyente. Luego vino Cambyzes II (525 a. C.) que despojó Tebas, incendió sus famosos templos y causó estragos en la ciudad. Tebas jamás recuperó su antigua prominencia. Una insurrección ocurrida en Tebas fue implacablemente sofocada por los persas en el 335 a. C. Después Alejandro Magno conquistó a Egipto (332 a. C.). En el primer siglo precristiano, Tolomeo IX destruyó Tebas por completo con el fin de sofocar una insurrección. La profecía de Ezequiel 30.16, que dice: “A Tebas se le abrirá brecha y sus murallas serán derribadas”, se ha cumplido literalmente. En el sitio antiguo de ella no se observan murallas de ciudad. Solo puertas y torres quedan como señal de los lugares donde las murallas alguna vez estuvieron» (Smith, 710–11).

presentó un «pero» (NASB). Egipto había de convertirse en una desolación, haciendo que para el remanente fuera insensato el esperar o confiar en esa tierra y sus monarcas —*pero* el pueblo de Dios, dondequiera que se hubieran dispersado, no debían temer ni desmayar (vers.^o 27). La misericordiosa promesa para los obedientes era esta: «siervo mío Jacob [...] yo te salvaré de lejos» (vers.^o 27; vea 30.10; 31.7–9). Después de pasar tantos años en rebelión, el pueblo de Dios se estaba acercando al tiempo cuando *escucharían* a Dios, de modo que Este pudiera salvarlos. De dondequiera que el cautiverio los hubiera llevado, Su pueblo volvería y estaría tranquilo, seguro y libre de estremecimiento. Esta es la promesa mesiánica que Dios hizo en 30.10, que incluía tanto el ser restaurados de la cautividad como la venida del Salvador del mundo (vea 1^{era} Juan 4.14). Cuando las palabras de Jeremías se escribieron por primera vez, ¡cuán agradecidas debieron de haber estado esas personas! La promesa de Dios se mantuvo inalterable por más de medio siglo que duró la continua impenitencia de ellos. Él podía bendecirlos y estaba presto a hacerlo, en el momento en que estuvieran preparados. ¡Cuán triste fue que les tomó tanto tiempo buscarlo e invocarlo de todo su corazón (vea 29.10–14)!

En el versículo 28 Dios hizo una preciosa promesa a Su pueblo en Egipto, que incluía lo siguiente:

1. *Consolación* —«... yo estoy contigo». Entre las muchas cosas que Dios es al hombre, Él es Dios de consolación (vea 2^a Corintios 1.3–7; Mateo 28.20; Hebreos 13.5–6; Romanos 8.31–39). Todo el que se haya apartado de los principios de Dios y se haya demorado en arrepentirse debería meditar profundamente en la aseveración de Dios para estas personas cuando mantuvieron su comportamiento extraviado. Si bien los castigó y buscó la manera de quebrantar sus tercas voluntades, *Él siempre estuvo con ellos manteniendo metas positivas*. ¡Dios deseaba que volvieran, y desea que usted vuelva! Él lo busca a usted con anhelo con el fin de hacer que sus pasos vuelvan a Su camino (vea Lucas 15.17–24).

2. *Continuación* —«... a ti no te destruiré del todo». Las promesas de Dios no fallan; Sus planes se cumplirán.

3. *Corrección*. —«... te corregiré¹² apropiada-

¹² Del hebreo *yasar* —«... corregir con azotes o latigazos, castigar [...] reprobado, instruir [...] corregir con palabras [...] amonestar, exhortar [...] este verbo [...] significa apropiadamente la más severa disciplina [...] Sal. 2.10; Jer. 6.8; Pr. 29.19; Ez. 23.48» (Tregelles, 354–55). N. del T.: En la RV se lee «castigar».

mente; de ninguna manera te dejaré sin castigo» Hay muchas maneras como Dios puede hacer esto. Cual sea el procedimiento que emplee, debemos reconocer que sus intentos y propósitos son puros y apropiados.

Una lección que se desprende de la experiencia de Dios con Israel, y de otros pasajes, es que el amor debe actuar a veces con aparente dureza, en vista de que hay momentos cuando la única manera como se puede ayudar a los pecadores es por el castigo. Pero cuando lo que está en juego es el bienestar del ser amado, el amor activo no vacila en castigar. «No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien ama» (Pr. 3.11–12; cf. He. 12.5–6). «[Nos disciplina] para lo que nos es provechoso» (He. 12.10). La forma como Dios trata a Israel como nación, es un ejemplo de lo anterior. Esto es lo que dice en Oseas 10.10: «Y los castigaré cuando lo desee». «... siervo mío Jacob [no] desmayes», dice Jehová, «porque yo estoy contigo; porque destruiré a todas las naciones entre las cuales te he dispersado; pero a ti no te destruiré del todo, sino que te castigaré con justicia; de ninguna manera te dejaré sin castigo» (Jer. 46.28; cf. 30.11; 31.18).¹³

¹³ Jack Cottrell, *God The Redeemer (Dios el redentor)* (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1991), 339.

La inclusión de esta promesa especial para el pueblo de Dios, en medio de las profecías a las naciones (el capítulo 46 relacionado con Egipto) nos enseña que Dios siempre ha tenido interés en todas las naciones y todos los pueblos. Su inquietud principales que Sus principios prevalezcan en los corazones humanos. Él ha trabajado continuamente (y sigue trabajando) por la redención de las almas extraviadas. W. H. Bennett lo expresó bien cuando dijo:

... las lecciones espirituales de esta y de las profecías siguientes acerca de las naciones [...] permanecen como monumentos de la percepción inspirada del profeta para entender el carácter y el destino correspondiente de grandes imperios y de estados insignificantes. Ellas afirman el gobierno divino de las naciones, y la subordinación de toda la historia a la venida del reino de Dios.¹⁴

Ese reino eterno ha venido ya por medio de Jesucristo,¹⁵ y la llamada se ha hecho sonar para que todos entren en él.¹⁶ ¿Es usted ciudadano fiel de Su reino (2ª Pedro 1.2–11)?

¹⁴ Bennett, 229.

¹⁵ Vea Marcos 9.1; Lucas 24.44–49; Hechos 1.1–8; 2.22–47; Colosenses 1.12–14.

¹⁶ Vea 1ª Tesalonicenses 2.12; Juan 3.3–5; Mateo 28.18–20; 1ª Corintios 6.9–11; Hebreos 12.28–29.